

Rodrigo Lira, los aspavientos de un Outsider

Por Oscar Gacitúa González



El 28 de diciembre de 1981, cuando me vinieron a avisar que había muerto Rodrigo Lira, pensé que en el día de los inocentes era una broma "negra" que él gastaba a sus amigos. La obsesión onomástica y la licencia para ironizar que para los "listos" otorga ese día coincidían con mi sospecha. Y debo confesar que al concurrir a su departamento en Avda. Grecia y ver el letrero pegado con scotch en la puerta de acceso al edificio creí que mis presunciones se confirmaban.

Decía: "A los amigos de Rodrigo Lira Canguilhem se les comunica que la ceremonia religiosa por el eterno descanso de su alma se realizará mañana a las 16 horas en la Iglesia de Av. Manuel Montt". Me pareció que en la redacción del texto, específicamente en la mención a "el eterno descanso de su alma", se delataba el humor ácido de Lira.

A 10 años de distancia puedo aceptar que un psicólogo explicara mi ingenua porfía como una resistencia velada a la muerte de mi amigo. Eso debe haber sido sin duda, todavía más para los que frecuentábamos a Rodrigo con una cierta cotidianeidad y que sabíamos de su fragilidad anímica puesta aún más en evidencia por un físico más bien robusto.

En la fila de adelante de la iglesia vi por primera vez a su familia. Su padre y sus hermanos eran como variaciones en más flaco, en más gordo, en más alto, en más bajo de la figura de Rodrigo. Y al salir el cortejo observé en esos rostros además de la tristeza una cierta extrañeza. Miraban a los concurrentes a la iglesia, en su mayoría poetas jóvenes y amigos de Rodrigo más algunos consagrados como Nicanor Parra y Enrique Lihn, sin comprender todavía exactamente la razón de su presencia en ese lugar.

Pasó poco tiempo para comprender la razón de esa extrañeza. A las pocas semanas me llamó por teléfono

su mamá invitándome a tomar el té y a conversar. Esa tarde comprendí el drama de esa familia que había tenido su primera expresión en la extrañeza. Ellos nunca creyeron que lo que Rodrigo escribía tuviese algún valor y menos que le importara a tanta gente. Al morir Rodrigo les había dejado una carta en que hacía mención a sus escritos como algo también para él muy importante y sus padres aún incrédulos empezaban a pensar en la necesidad de publicar un libro que los reuniese. Cuando un par de semanas después Enrique Lihn les entregó un borrador del prólogo que había escrito para la eventual publicación del "Proyecto de obras completas" su sorpresa se transformó en consternación.

Imagino que su familia había (razonablemente) pensado que Rodrigo Lira era poco menos que un caso perdido, ocioso, improductivo, mantenido por sus padres jubilados era difícil suponer que en medio de ese caos existencial estuviera haciendo algo de valor. Y no es que su poesía hable de otra cosa que eso. Lo sorprendente es que lo haga (Lira es casi siempre empecinadamente autobiográfico) con ese rigor extremo, con ese control ineludible del propio delirio.

Un mes antes de morir Lira acudió a mi casa una noche a pedirme que lo ayudara pues había decidido participar en un programa de televisión que se llamaba "Cuanto vale el show" para ganarse algunos pesos. El numerito que había decidido exponer ante el detestable "jurado" que presidía Yolanda Montecinos era un parlamento de Otello. Como las condiciones del programa eran que los participantes no excedieran el minuto de participación Rodrigo me pedía esa noche que cronómetro en mano midiera la velocidad a la que tenía que recitar pues estaba decidido a declamar un parlamento completo y lograr que cupiera exacta-



Se impone una reedición de su obra completa.

mente en el tiempo estipulado. La escena tenía algo entre tedioso y humorístico pues Lira repetía incansablemente el mismo trozo a distintas velocidades cambiando en consecuencia el tono de voz que hiciera sentido con la velocidad de modo que a ratos su voz parecía la de un barítono excelso y en otros momentos su tono imitaba al Pato Donald. La presentación definitiva de Rodrigo Lira en ese execrable "show" debe haber sido uno de los factores que lo sumió en su última y definitiva depresión. El jurado pasó de largo frente a su "numerito" y sin notar la ironización que Rodrigo hacía de Shakespeare al emplear consecutivamente distintos tonos de voz y velocidades ni menos que la traducción que Lira hacía del inglés en parte le pertenecía le otorgó poco menos que un premio de consuelo.

Sus padres igualmente tardaron en creer que era verdad que Nicanor Parra había alguna vez dedicado un taller completo a analizar la obra de Lira. Releer a Lira hoy día, cuando se suceden las tesis de grado de estudiantes de literatura en torno a su obra en Chile y en otras partes es urgente pues aunque escrita fundamentalmente en la segunda mitad de la década de los setenta hay allí un tono de desencanto, de pellizcar la realidad a través de un vidrio que es brutalmente contemporánea, post-perestroika, escrita en plena dictadura su "no pesco" con Pinochet es probablemente más lacerante que cualquier verso escrito directamente para interpelarlo.

No sé cuántos lectores de esta columna (si es que tampoco los tiene) habrán leído algún texto de Rodrigo Lira. De algún modo Lira sigue siendo un "outsider". A estas alturas ello ocurre contra su voluntad. Nada más ajeno a Rodrigo que el transformarlo en una "vacuna sagrada" pero una re-edición de su poesía completa e inencontrable se impone.